

# Algunas reflexiones sobre la Guerra de la Independencia.

*Charles Esdaile*

La Guerra de la Independencia, sin duda la campaña más compleja de cuantas conforman las guerras napoleónicas, siempre ha sido proclive a explicaciones fáciles. Para los ingleses, la victoria aliada deriva directamente de la estrategia novedosa utilizada por el duque de Wellington, que supo combinar de forma adecuada la guerra regular y la guerra irregular; para los españoles, la explicación se basa en el heroísmo y la confianza de un pueblo que no se dejó sojuzgar por Napoleón. Estas explicaciones, que conectan perfectamente con la mitología nacional de ambos países, son excesivamente simples y no se ajustan a la complejidad histórica de aquella contienda. Analicémoslo brevemente.

Al limitar el esfuerzo bélico español únicamente a las operaciones de los famosos guerrilleros, los historiadores ingleses evitan recurrir a las fuentes primarias escritas en un lenguaje que no dominan. Al aludir constantemente a la bravura de un pueblo indómito, los historiadores españoles —por su parte— evitan analizar en profundidad las operaciones militares. Los esfuerzos desplegados por unos pocos especialistas de ambos países no han conseguido eliminar esas interpretaciones estereotipadas que han llegado a condicionar de una forma u otra las conmemoraciones que han teniendo lugar con motivo del Bicentenario. Tomemos, por ejemplo, el papel de la mujer. Agustina de Aragón simboliza la

mujer luchadora que se implicó en la guerra contra los franceses. No está de más recordar que en determinadas circunstancias las mujeres podían tomar las armas y participar en la lucha; pero debido a la insistencia de algunas historiadoras feministas, en los últimos tiempos han sido descubiertas y comparadas con Agustina de Aragón un montón de heroínas como Bárbara de Badajoz o Catalina de Cuenca. Esta cruzada popular ha provocado algún espectáculo verdaderamente ridículo. Como el ocurrido durante la recreación de la batalla de Arapiles que, coincidiendo con el bicentenario, tuvo lugar el 22 de julio de 2012. Me refiero a la sorprendente aparición de una partida de charras luchando a la guerrillera junto a las tropas de Wellington, cuando en realidad en aquella batalla no participó ningún soldado (regular o irregular) español.

Estamos, pues, en presencia de muchos mitos. La intención de esta ponencia es ofrecer un análisis riguroso de la Guerra de la Independencia acorde con las exigencias de una perspectiva científica. Me temo que muy probablemente, por decirlo con el título de un conocido libro de la Guerra Civil, mis conclusiones no van a gustar a nadie.

## 1. Mitos y leyendas.

Empecemos por un punto tan polémico como fundamental. Contra lo que asegura la leyenda, la Guerra de la Independencia no fue ninguna “guerra del pueblo”. Decir esto puede parecer provocativo e, incluso, perverso; pero la realidad es que las colecciones documentales conservadas en el Archivo Histórico Nacional o en el Archivo de la Corona de Aragón no permiten otra conclusión. Por supuesto que hay episodios colectivos que tienen toda la apariencia de verdadero patriotismo, como el Dos de Mayo o la defensa de Zaragoza. Tampoco faltan testimonios que subrayan el heroísmo y la valentía individual. Como demostró, por poner un ejemplo, Tiburcio Fernández Álvarez. Este soldado raso de caballería se lanzó solo contra los franceses durante la ceremonia de rendición de la

ciudad de Astorga, en abril de 1810. Esa acción le costó la vida, pues al día siguiente fue fusilado frente a un pelotón de ejecución.<sup>1</sup>

Sin embargo, hay muchas razones para pensar que otros muchos episodios semejantes que pudieran aducirse como prueba de patriotismo se han exagerado bastante o son susceptibles de una explicación alternativa, incluido el famoso alzamiento del Dos de Mayo. No hay duda de que aquel día se registró un motín popular en Madrid, como tampoco es dudoso que muchos madrileños se opusieron a los franceses con una resolución y un vigor extraordinarios. Pero de ahí a suponer que el incidente fue provocado en defensa de Dios, del Rey y de la Patria va un gran trecho; sobre todo teniendo en cuenta que en origen era una manifestación política organizada frente al palacio real por partidarios de Fernando VII con el fin de persuadir a Napoleón para que arbitrara el pleito dinástico en su favor. Pero el entusiasmo se desbordó y los franceses despearon por la fuerza lo que hoy día es la calle de Bailén. Luego la errónea suposición de que los imperiales habían lanzado un asalto general extendió el pánico por toda la ciudad y los franceses interpretaron el estremecimiento de la multitud como una insurrección general.<sup>2</sup>

Otro tanto ocurre con el llamado alzamiento nacional de 1808. Según la versión tradicional, en toda España surgió un movimiento espontáneo de rechazo contra Napoleón por haber destronado a la dinastía borbónica que, en muy poco tiempo, se transformó en una guerra sin cuartel contra las tropas francesas que ya habían ocupado Madrid, Barcelona y otros puntos estratégicos. Sin embargo, aquí también se puede construir un cuadro totalmente distinto. En realidad lo que ocurrió fue que confluyeron una serie de conspiraciones regionales organizadas por elementos deseosos

---

<sup>1</sup> Para este incidente, veáse Mario MARCELO: *El húsar Tiburcio*. Orense, La Popular, 1910.

<sup>2</sup> La versión revisionista de los sucesos del Dos de Mayo ha sido expuesta en Charles ESDAILE: *La Guerra de la Independencia: una nueva historia*. Barcelona, Crítica, 2007, pp. 69-72.

de aprovechar el vacío de poder producido por el Dos de Mayo, y a tal efecto provocaron revueltas callejeras por medio de sus partidarios o de agitadores pagados. Es indudable que tras los sucesos del Dos de Mayo los sectores populares temían a los franceses y, por extensión, detestaban a los afrancesados. También lo es que reverenciaban a Fernando VII. Pero esa actitud no puede confundirse con un sentimiento nacional de corte moderno, producto de una serie de cambios económicos y sociales que en España aún no se habían dado. ¿Cómo explicar entonces que las turbas llenaran las calles de Valencia, Sevilla, Cádiz, Badajoz y tantas otras ciudades en la última semana de mayo de 1808?

Para responder a esa cuestión, basta con girar la mirada hacia el periodo inmediatamente anterior dominado por la figura de Godoy. Al descontento habitual provocado por una serie interminable de guerras, epidemias, pobreza y hambre, se añadió la desazón provocada por su política reformista, que desagradó por igual a la aristocracia y al clero. Fueron los estamentos privilegiados desafectos quienes alentaron una campaña desestabilizadora imputando todos los males de España al desgobierno de Godoy; fueron ellos quienes propalaron la idea de que el acceso al trono del príncipe Fernando inauguraría una nueva edad de oro, una época de paz y prosperidad. A raíz del motín de Aranjuez, en realidad un golpe militar dado por los *fernandinos* entre el 17 y el 19 de marzo de 1808, se coronó al “deseado” y se generalizaron los festejos y la persecución de los godoyistas. Por eso, cuando semanas después corrió la noticia de que “el deseado” Fernando no pasaría de Fernando “el breve”, una nueva oleada de frustración y furia sacudió el país.<sup>3</sup>

Con lo dicho hasta aquí pudiera pensarse que ya tenemos todos los elementos necesarios para interpretar la contienda como una guerra popular contra los invasores. Sin embargo, no fue así. El principal objetivo del movimiento popular surgido a finales de mayo de 1808 no era luchar contra los franceses, sino defender una

---

<sup>3</sup> Para todo esto, *ibid.*, pp. 79-90.

serie de reivindicaciones sociales. Como, por ejemplo, un servicio militar más corto y mejor pagado. Si las masas españolas jaleaban y festejaban los derechos de Fernando VII fue porque interpretaban su reinado en clave milenarista, y lo identificaban con un futuro más halagüeño y mejor. Pensaban ingenuamente que el espectáculo de una España en armas haría recapacitar al emperador, el cual liberaría a Fernando y ordenaría evacuar el territorio peninsular sin disparar un solo tiro. Mientras tanto, había que castigar a los partidarios de Godoy, a cuantos le habían apoyado en el pasado y en el presente habían evitado que cayera en manos de la justicia. La excitación creció aún más cuando en aquellos momentos de tumulto y confusión se extendió el rumor de que Godoy iba a jugar un papel importante en la política española a la sombra del propio Napoleón.<sup>4</sup>

Visto así, el alzamiento de 1808 tuvo mucho más de revuelta social que de cruzada anti-napoleónica. Pero el movimiento reivindicativo pronto se sofocó. Por todas partes las juntas provinciales y los nuevos órganos de gobierno surgidos de la insurrección eran copados por las élites tradicionales. Estas no iban a consentir reformas (en ocasiones planteadas de manera bastante radical), ni venganzas generalizadas, ni mucho menos ajustes sociales. Para dominar una situación tan peligrosa instrumentalizaron en su favor las necesidades de la guerra, que habían ido creciendo de día en día. En numerosas provincias se adoptaron drásticas medidas. Como la formación de milicias honradas –es decir, fuerzas militares encargadas de la seguridad interna reclutadas exclusivamente entre las élites y su clientela–, el desarme de los sectores populares, la imposición del servicio militar obligatorio o la transformación

---

<sup>4</sup> Hay que recordar aquí que una de las primeras acciones de las tropas imperiales que entraron en Madrid inmediatamente después del Motín de Aranjuez fue liberar a Godoy de su encierro y trasladarle a Francia. Por otro lado, las primeras noticias procedentes de Bayona hablaban solamente de la abdicación de los Borbones al trono español sin que se aclarara quién sería el nuevo rey.

de la masas amotinadas en unidades militares regulares sometidas al control de las autoridades.<sup>5</sup>

Como se puede imaginar, esa situación no condujo al tipo de guerra ensalzada por la historiografía tradicional. El pueblo no tenía la menor idea de estar luchando contra el imperio francés, ni concebía la patria en términos demasiado amplios: para un gallego, por ejemplo, León era literalmente tierra extranjera. La imposición del servicio militar obligatorio desconcertó a los sectores populares; sobre todo cuando se percataron de que estaban siendo instrumentalizados por las élites, deseosas de proteger a sus amigos y familiares, aun a costa de incurrir en el nepotismo y la especulación. La protesta social adoptó un repertorio llamado a utilizarse más adelante. En varios puntos de Extremadura los famosos yunteros llegaron a ocupar la tierra; en otros sitios la resistencia al reclutamiento militar derivó en motines y desórdenes públicos, por no hablar de la hemorragia de desertores que sufrieron todos los ejércitos en campaña.

Para comprender mejor la resistencia al reclutamiento militar conviene tener presente varias circunstancias: primera, que raramente se proporcionaba a los soldados comida, ropa y calzado en cantidades suficientes; segunda, que muchos oficiales nombrados por las juntas para organizar los nuevos regimientos carecían de talento, dedicación y preparación militar; y, tercera, que cada vez que un general español acometía a los franceses la derrota solía ser tan estrepitosa como sangrienta. En definitiva, si los sectores populares rehusaron servir en el ejército, las autoridades locales tampoco quisieron forzarlos por miedo a posibles revueltas. Surgió así un círculo vicioso: la resistencia a la quinta rebajaba la resolución

---

<sup>5</sup> Para conocer los esfuerzos de las autoridades patriotas por mantener el orden interno, véase Leonor HERNÁNDEZ, "Instrumentos de control y represión del régimen patriota: el Tribunal de Vigilancia de Madrid y el de Seguridad Pública de Sevilla, 1808-1809", en F. ACOSTA (ed.): *Bailén y la Guerra contra Napoleón en Andalucía: Actas de las segundas jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea*. Jaén, Universidad de Jaén, 2001, pp. 167-91.

de las autoridades a la hora de implementarla lo que, a su vez, alentaba la determinación popular a resistir a esa medida.<sup>6</sup>

Resulta muy difícil, por tanto, hablar de una “guerra popular” si por tal ha de entenderse que una población enfervorizada asume de forma consciente el protagonismo principal de la contienda. Ahora bien, ¿cómo se puede negar esa condición a un conflicto que dio al mundo la voz y el concepto de *guerrilla*? Aunque no es fácil responder a esta cuestión dentro de los reducidos límites de esta ponencia, un análisis riguroso de las famosas partidas nos puede ofrecer algunas pistas. Conviene fijarnos, en primer lugar, en la naturaleza de la guerrilla. Para muchos escritores se trata de fenómeno absolutamente homogéneo, donde cada guerrillero no es sino un civil armado, cada cabecilla un civil armado más, y cada partida una agrupación mas o menos grande de personas de este tipo.

## 2. La guerrilla.

Sin embargo, nunca fue así. En amplias zonas del país los efectivos guerrilleros eran en realidad unidades del ejército regular —regimientos, brigadas e incluso divisiones— comandadas por sus propios oficiales. Pedro Villacampa, en Aragón, Francisco Ballesteros, en Andalucía o Julián Sánchez, en León, son buenos ejemplos de ello. Y si nos fijamos en la guerrilla propiamente dicha, es decir en las fuerzas irregulares cuyos orígenes y mandos resultaban ajenos a las estructuras del ejército, conviene recordar que todas las partidas fueron sometidas —antes o después— a un fuerte proceso de militarización con el fin de incorporarlas a la estructura del ejército regular. Se podría decir que estas bandas armadas de voluntarios que actuaban en zonas ocupadas por los franceses representan en teoría el mejor ejemplo de la acción guerrillera y de la guerra

---

<sup>6</sup> Para una discusión de la reacción popular hacia la guerra, véase Charles ESDAILE: *España contra Napoleón: guerrilleros, bandidos y el mito del pueblo en armas, 1808-1814*. Barcelona, Edhasa, 2006, pp. 111-156 *passim*.

popular. Pero no hay que olvidar que tales fuerzas — mandadas por Francisco Longa, Espoz y Mina, Jerónimo Merino, Juan Martín Díez o Juan Palarea — combatieron en zonas muy concretas de la geografía peninsular: País Vasco, Navarra, Rioja y algunas comarcas concretas de ambas Castillas. Dicho de otra forma: aún en el periodo de mayor actividad guerrillera, estas bandas tan solo representaban una pequeña fracción del despliegue militar español.<sup>7</sup>

Se argumentará que centrarnos en los casos de jefes como Longa o Villacampa es un error basado en la tendencia a limitar la investigación histórica a las fuentes documentales; en otras palabras, que se tiende a privilegiar a las élites en detrimento de los sectores populares. También se dirá que los soldados tenían muchas razones para desertar del ejército regular. Primero porque preferían luchar en su tierra y cerca de sus familias; pero también porque siempre tenían a mano alternativas para ese propósito. Examinemos pues los tipos de resistencia armada que, al menos en apariencia, parecen expresar un deseo espontáneo en defensa de la Patria. Varios ejemplos se ofrecen a la vista. En concreto, las milicias irregulares que luchaban contra los franceses en Cataluña, en Galicia y en determinadas zonas de Andalucía, especialmente la Serranía de Ronda. Habrá que examinar también el comportamiento de multitud de pequeñas partidas de combatientes irregulares esparcidas por las dos Castillas, Extremadura, Aragón y el Levante. Finalmente, también habría que extender el análisis a la defensa desesperada de pueblos abiertos decretada por asambleas improvisadas de vecinos.

---

<sup>7</sup> Existen varias biografías de los jefes de la guerrilla militarizada. Vid., por ejemplo, Andrés CASINELLO: *Juan Martín, "El Empecinado": el amor a la libertad*. Editorial San Martín, Madrid, 1995; Rodolfo DE BARTHELEMY: *El Marquesito: Juan Díaz Porlier, general que fue de los ejércitos nacionales, 1788-1815*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1995; José PARDO de SANTAYANA: *Francisco de Longa: de guerrillero a general en la Guerra de la Independencia*. Madrid, Leynfor, 2007. También son útiles los libros de Raúl LIÓN: *Húsares de Cantabria: la caballería del Señor de la Riva*. Pozuelo de Alarcón, Ristre Multimedia, 2003 y John TONE: *The Fatal Knot: the Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon in Spain*. North Carolina, University of North Carolina Press - Chapel Hill, 1994.

De nuevo, el historiador debe mostrar muchísima cautela. En Galicia, la milicia organizada a la voz de alarma combatió para expulsar a los franceses de aquel territorio, lo que se produjo en junio de 1809. Toda la evidencia empírica disponible sugiere que a partir de aquel momento el entusiasmo patriótico decayó considerablemente y que lo único que importaba a las alarmas era la seguridad de sus propios pueblos.<sup>8</sup> Más chocante aún resulta lo ocurrido en comarcas de Cataluña o en la Serranía de Ronda. En ambos territorios abundan las denuncias y las quejas de los civiles contra la indisciplina, la arbitrariedad y la tendencia al pillaje de las milicias que combatían a las columnas francesas.<sup>9</sup>

No es mucho mejor el cuadro que presenta la actuación de las partidas irregulares o las masas de paisanos en la defensa de las ciudades. Aparte del caso muy especial de Zaragoza, no hay ni un solo ejemplo en que consiguieran rechazar a los franceses cuando éstos estaban bien pertrechados. Sirva como ejemplo lo ocurrido en Málaga, ciudad que avistaron las tropas del general Sebastiani el 5 de febrero de 1810. La turba de civiles armados que la defendía fue dispersada tras haber sufrido muchas bajas por una sola carga de la caballería enemiga. Se ha exagerado bastante la actuación de los paisanos en defensa de la capital andaluza que, a fin de cuentas, se dio; pero circulan narraciones de supuestas defensas heroicas de otras ciudades que son, simplemente, inventadas.<sup>10</sup>

Llegamos aquí a uno de los aspectos más controvertidos de toda la historia militar de la Guerra de la Independencia. Resulta de todo punto imposible tratar con justicia esta materia en tan pocas líneas; no obstante, trataré de sintetizar mi punto de vista a partir de unas breves observaciones. Primera: muchas partidas irregula-

---

<sup>8</sup> Sobre la extensión de la insurrección en Galicia, Charles OMAN: *A History of the Peninsular War*. Oxford, Clarendon Press, 1902-1930, II, pp. 184-95 y 367-405.

<sup>9</sup> Charles Esdaile: *España contra Napoleón ...* pp. 145-147 y, del mismo autor: *Outpost of Empire: the Napoleonic Occupation of Andalucía, 1810-1812*. Oklahoma, University of Oklahoma Press, 2012, pp. 330-3.

<sup>10</sup> Para la defensa de Málaga, Charles Esdaile: *Outpost of Empire ...*, pp. 36-9.

res nunca dejaron de ser simples bandas de bandoleros que vivían a salto de mata y les tenía sin cuidado la identidad de sus víctimas. Segunda: la mayoría de las partidas creadas para luchar contra los franceses lo fueron por líderes de la sociedad tradicional, como el clérigo Juan Tapia o el militar de carrera Juan Díaz Porlier. Tercera: aún las partidas mas “patriotas” acogían a muchos desertores del ejército regular. Cuarta: no todos los guerrilleros eran voluntarios, pues bastantes habían sido obligados a enrolarse. Quinta: la búsqueda del sustento se convirtió en el objetivo primordial (y a veces único) de muchas partidas, más preocupadas en pedir raciones a los pueblos que en combatir a los franceses. Sexta, y última: hay evidencia absolutamente irrefutable de que la contribución de las partidas irregulares en términos del llamado *body-count* fue sorprendentemente baja. En efecto, aunque la historiografía tradicional suele dar cifras altísimas sobre el número de bajas ocasionadas por la guerrilla a las tropas francesas, la realidad es bien distinta. Sólo el 18 % del total de los 37.000 imperiales muertos en combate — que equivalen a unos 6.600 — lo fueron a manos de la guerrilla.<sup>11</sup>

Esto no quiere decir que la guerra irregular no jugara ningún papel en el conflicto. Al contrario. Incluso las depredaciones de partidas formadas por simples bandidos tenían su efecto, aunque no fuera más que por la brutalidad de su comportamiento. Las narraciones de sus terribles atrocidades minaban la moral de los soldados franceses. Pero, dicho esto, resulta obvio que los objetivos de la guerrilla estaban forzosamente limitados. La historia militar del conflicto muestra su incapacidad para oponerse a la ocupación francesa en el periodo 1808-1812; peor aún, es posible que tal como sugieren algunos indicios, la actuación guerrillera acelerara la ocupación. Resulta igualmente incuestionable que la resistencia

---

<sup>11</sup> Véase Jorge PLANAS: “La contribución británica a la Guerra de la Independencia: una interpretación cuantitativa”, *Trienio*, 54 (2009), pp. 5-21. No obstante, me parece el título de este artículo un poco desafortunado pues, aun cuando ofrece muchos datos, el tratamiento del ejército británico merece una cobertura más amplia. Cfr., Charles ESDAILE: *España contra Napoleón...*, pp. 248-56.

popular tampoco pudo reconquistar el territorio perdido, salvo en Galicia. La evacuación francesa de Galicia en el verano de 1809 es la única excepción conocida. Se trata en cualquier caso de una excepción parcial, pues los franceses se sintieron intimidados también por los éxitos de Sir Arthur Wellesley en Portugal y de su amenaza sobre la frontera extremeña.

### 3. El ejército regular español.

De aquí sigue una conclusión fundamental. El ejército regular español jugó un papel mucho más importante en la contienda de lo que normalmente se admite. Dicho de otra manera: sin el apoyo del ejército regular la guerrilla hubiera sido aniquilada y el Gobierno patriótico hubiera perdido todas las ciudades y regiones de la España metropolitana. Sirva como muestra lo ocurrido en Andalucía. Cada vez que el general Ballesteros se lanzaba al ataque en aquella región obligaba a los franceses a concentrar sus fuerzas, con lo cual dejaban de presionar contra los insurrectos de la Serranía de Ronda. No es difícil imaginar lo que habría supuesto para las partidas el colapso del ejército regular, tal como ocurrió en la provincia napolitana de Calabria en el periodo 1809-1810.

Es más, se puede afirmar incluso que el soldado español fue la figura más importante en toda la contienda. Sin una España patriota combatiente hubiera resultado muy difícil a los ingleses mantener su posición en Portugal. Pero aun reconociendo la importancia del ejército regular español en la Guerra Peninsular, no conviene olvidar los problemas estructurales que lo atenazaban. Aquí llegamos a otra clave para comprender la historia militar del conflicto. Aunque el ejército regular español consiguió algunas victorias, casi todas las batallas libradas desde 1808 se saldaron con tremendas derrotas. Entre las victorias destacan las conseguidas en Bailén, Tamames y San Marcial. En las tres primó una estrategia defensiva, que permitió a los españoles explotar las ventajas de un terreno muy áspero y beneficiarse de la escasa destreza de algunos

generales franceses. Pero la nómina de las derrotas es mucho más amplia: Alcolea, Medina de Río Seco, Gamonal, Espinosa de los Monteros, Tudela, Somosierra, Cardedeu, Molíns de Rei, Mancilla, Uclés, Valls, Ciudad Real, Medellín, Arzobispo, Almonacid, Ocaña, Sierra Morena, Sagunto, Valencia y Castalla (primera).

Se dirá que esa relación omite los encuentros trabados en Talavera, Chiclana, Albuera, Arapiles, Castalla (segunda) o Vitoria, donde las tropas españolas ganaron mucho crédito y muchos laureles. Pero lo cierto es que en todas esas ocasiones los españoles lucharon al lado del ejército anglo-portugués ocupando casi siempre posiciones secundarias y poco relevantes de cara al resultado final. Esa subordinación se explica por la incapacidad del ejército regular español para enfrentarse con garantías a los franceses, salvo en casos muy concretos. Esta circunstancia, que ha pasado bastante desapercibida en España, ha condicionado el desarrollo de la historia estrictamente militar del conflicto a pesar de los muchos tomos publicados por la Editorial San Martín en el último cuarto del siglo veinte. Peor aún, y lo digo con una pizca de ironía, hubo que esperar la llegada de un joven historiador inglés para que el análisis del conflicto estuviera a la altura.<sup>12</sup>

Volvamos al análisis de esta cuestión a partir de una pregunta concreta: ¿por qué sufrió el ejército español tantas derrotas en la Guerra Peninsular? Comenzaré apuntando varias explicaciones de corte político, aunque sólo para mostrar la futilidad de los argumentos no basados en el trabajo de archivo. En los debates sobre el poder militar entablados en las Cortes de Cádiz con frecuencia se infravaloraba al soldado regular; a menudo se le consideraba como un mercenario extraño a la población civil, incapaz de identificarse con la nación y de emocionarse con la victoria de la patria. Pero esta explicación no se puede aceptar ni aun admitiendo que el viejo ejército borbónico se viera desbordado por una ingente marea de

---

<sup>12</sup> Cuando empecé mi tesis doctoral sobre el ejército español en la Guerra Peninsular la obra clave entonces sobre este asunto era la del conde de Clonard, que había sido publicada en el siglo XIX.

voluntarios y conscriptos reclutados a toda prisa tras el alzamiento popular de 1808. Tampoco resulta más creíble la suposición de que los españoles habían tomado las armas no sólo para derrotar a los franceses sino también para poner fin al despotismo y recuperar sus antiguas libertades, y que por eso la moral de la tropa estuvo por los suelos hasta que no se reunieron las Cortes encargadas de poner en marcha el proceso. Pero esta interpretación choca con el heroísmo demostrado en la defensa de numerosas ciudades antes de 1810, como Gerona, Zaragoza (segundo sitio), Astorga, Ciudad Rodrigo, Badajoz o Tarragona. ¿Falta de moral? Parece que no.<sup>13</sup>

Separémonos de las especulaciones para considerar los hechos. Dicho muy resumidamente, las fuerzas patrióticas se enfrentaban a una tarea imposible. Vayamos por partes. En primer lugar hay que considerar la cuestión de su estructura interna. El viejo ejército regular — poco eficaz a la altura de 1808, como ya se ha apuntado — quedó desnaturalizado por un aluvión de nuevos reclutas que carecían de preparación militar, que con frecuencia se organizaban en nuevos regimientos mandados por oficiales improvisados y que no aceptaban fácilmente someterse a la disciplina. Para empeorar más las cosas, el ejército español carecía de un mando unificado. Además combatía sin un plan conjunto, fracturado en varios cuerpos de ejército, cada uno de cuales actuaba siguiendo las recomendaciones de una plétora de juntas y poderes de radio provincial. Por si fuera poco, con frecuencia estos cuerpos de ejército carecían de suficiente caballería y artillería. El resultado de estas carencias resulta previsible. A pesar del inesperado éxito de Bailén, tan solo medio año después el ejército español había sido completamente arrollado y dispersado. Desde enero de 1809 los franceses dominaban totalmente el centro de la península y ocupaban, en términos militares, una posición central.

---

<sup>13</sup> Para una discusión desde el pensamiento liberal respecto a la conexión entre reforma política y éxito militar, Charles ESDAILE: *The Spanish Army in the Peninsular War*. Manchester, Manchester University Press, 1988, pp. 158-9.

A partir de entonces, las cosas fueron de mal en peor por la incómoda y esquinada posición de las tropas españolas. Sólo podían luchar en líneas externas y debían rehuir el combate en las inmensas y despobladas llanuras de la meseta, donde la caballería francesa resultaba imbatible. En esa posición de inferioridad se sucedieron las derrotas. Cada una de ellas no sólo se tradujo en graves pérdidas de hombres y material para la causa patriota; también impidió al ejército español adquirir confianza y solidez porque los constantes tropiezos impidieron formar un *cadre* de soldados y suboficiales experimentados, base de cualquier ejército victorioso. Esos problemas estructurales se veían agravados por la desertión, alentada por una situación logística desastrosa y la presencia de las partidas. El ejército regular entró así en una espiral descendente. Consciente de su inferioridad estratégica y sin confianza en sus propias fuerzas, el ejército se fue replegando. Se limitó a defender las pocas zonas que aún permanecían en manos de los patriotas y a montar pequeñas operaciones al estilo guerrillero.<sup>14</sup>

Mientras no fuera capaz de remontar una posición tan humillante, el ejército regular no tenía ninguna posibilidad de liderar el esfuerzo bélico. Por eso cedió durante algún tiempo el protagonismo a las partidas, especialmente a las organizadas por jefes tan eficaces como Juan Martín Díez o Francisco Espoz y Mina. Durante algún tiempo, el ejército regular estuvo sometido a una contradicción insuperable: necesitaba ocupar más territorio para tener acceso a más recursos (en hombres y en dinero), pero precisamente la falta de recursos lastraba su organización y le impedía expandirse. Este círculo vicioso se rompió, dando paso a una nueva fase en la guerra peninsular, gracias al ejército anglo-portugués de Sir Arthur Wellesley (Lord Wellington desde agosto de 1809). Fue ese mismo ejército el que, ayudado por el español, consiguió expulsar a los franceses en 1813. Al finalizar aquel año los imperiales tan

---

<sup>14</sup> Para los problemas del ejército español, *ibid.*, pp. 126-42 *passim*.

solo conservaban en su poder algunas fortalezas dispersas y el territorio de las actuales provincias de Barcelona y Gerona.

#### 4. Wellington y el ejército británico.

¿Cómo explicar este éxito tan dramático? Aparte del genio personal de Wellington, dotado de un talento militar excepcional y con mucho el mejor general de toda la contienda, conviene que nos detengamos en primer lugar en la preparación del soldado británico. La gran mayoría gozaba de un nivel de adiestramiento superior al de cualquier otro soldado de la época napoleónica. Mientras el ejército francés enviaba a los reclutas directamente a sus respectivos batallones o escuadrones, según práctica habitual de la época, el ejército británico hacía las cosas de otra manera. En lugar de soldados inexpertos, la gran mayoría de los refuerzos que recibió Wellington a lo largo de la contienda procedían de la milicia, una fuerza de segunda línea destinada a la defensa misma de las Islas Británicas.

Contra lo que pudiera pensarse, esta milicia no era un simple “ejército de fin de semana”. Al contrario, en tiempo de guerra el servicio de armas era permanente. De hecho todos sus integrantes —mozos solteros, de estatura elevada y buena salud— eran soldados regulares. Con frecuencia fueron persuadidos para enrolarse como voluntarios en el ejército de Wellington — con el argumento de que siempre sería más divertido luchar en España que morir de aburrimiento en Gran Bretaña —. Cuando llegaban a la Península contaban ya con dos o tres años de instrucción y podían entrar en combate de inmediato. La otra fuente de reclutamiento utilizada por los británicos —es decir: los desertores extranjeros— también se caracterizó por un elevado nivel de preparación militar.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Para una discusión del reclutamiento en el ejército británico, MINISTERIO DE DEFENSA (ed.): *La Guerra de la Independencia (1808-1814): el pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación francesa*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2008, pp. 308-13.

El ejército británico tenía por tanto una primera ventaja sobre los demás, tanto aliados como enemigos. Pero no fue sólo cuestión de su material humano. Su superioridad también era patente en relación con las tácticas de combate, que se habían ido concretando poco a poco a partir de un lento proceso de experimentación iniciado durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Sin detenernos demasiado en sus pormenores, podemos decir que esa táctica pivotaba sobre tres elementos fundamentales. En primer lugar solía desplegarse una línea muy densa de tiradores procedentes de las compañías ligeras de cada batallón de infantería. Aunque algunos tiradores portaban el mosquete de tubo liso típico de cualquier ejército europeo, otros manejaban fusiles más modernos de mucho mayor alcance y precisión.

Detrás de esa sólida cortina protectora formada por los tiradores esperaba el resto de la infantería desplegada en una línea de dos rangos: esta formación aseguraba que todos los soldados podían disparar sus mosquetes contra el enemigo. Todo el cuadro estaba reforzado con baterías sueltas de artillería con el fin de apoyar a la infantería con fuego anti-personal. Cabe señalar que la artillería británica contaba con un *secret weapon*, un novedoso proyectil de tipo “Shrapnell” que tenía una fuerza devastadora, muy superior a los obuses utilizados por los franceses. Y, por fin, quedaba en reserva la caballería. Esta última fuerza no se desplegaba en grandes masas, sino en pequeñas brigadas de no más de dos o tres regimientos.<sup>16</sup>

Este sistema táctico constituyó la segunda gran ventaja del ejército británico pues, en circunstancias normales, los franceses casi nunca consiguieron superarlo. La infantería francesa entraba en combate en columna, no en línea, mientras sus compañías de tiradores protegían su avance. Solo a costa de numerosas bajas, pro-

---

<sup>16</sup> Para este apartado, véase C. J. ESDAILE: “El victorioso Wellington: análisis de la invencibilidad británica en el campo de batalla en España y Portugal, 1808-1814”, en MINISTERIO DE DEFENSA (ed.): *La Guerra de la Independencia española: una visión militar*. Madrid, Ministerio de Defensa 2009, pp. 86-102.

ducidas a menudo por el fuego artillero, podían llegar a la línea de tiradores británicos. Cuando esto ocurría, las columnas francesas llegaban bastante castigadas y en desorden por las bajas causadas entre los oficiales y suboficiales. Entonces se aplicaba el golpe de gracia. La infantería inglesa saludaba a sus oponentes con una sola descarga de fusilería y se lanzaba bayoneta calada sobre el enemigo. Esta forma de combate resultaba invencible cuando se ajustaba a los accidentes del terreno. Conviene recordar que Wellington fue un consumado maestro en el empleo de pequeñas colinas para ocultar a sus tropas tanto de la vista como del fuego enemigo. Amparándose en los pliegues del terreno, ganó batalla tras batalla, siendo los ejemplos clásicos Vimeiro, Talavera y Buçaco.<sup>17</sup>

Buenos soldados, buena táctica. A estos dos factores se puede añadir un tercero: buena estrategia. A pesar de lo dicho hasta ahora, había límites infranqueables para el ejército británico. En primer lugar, una mera cuestión de números. A pesar de sus constantes esfuerzos por incrementar sus recursos humanos mediante la reconstrucción del ejército portugués o la coordinación con el ejército español, Wellington siempre tuvo una fuerza muy limitada. El número total de los efectivos franceses presentes en España y Portugal era tres o cuatro veces superior a los suyos. Como estaba en clara inferioridad numérica, siempre cabía la posibilidad de una clamorosa derrota. Si los generales franceses hubieran podido cogerle en algún sitio expuesto y montar un ataque convergente con fuerzas muy superiores en número, el comandante británico no hubiera podido evitar el desastre. Por eso resultaba tan importante calcular los riesgos de cualquier operación y aceptar batalla solamente en condiciones favorables.

Porque era literalmente cierto que la guerra se podía perder en una sola tarde: una estrepitosa derrota hubiera provocado una crisis política en Gran Bretaña, y con ella no sólo la evacuación

---

<sup>17</sup> Son numerosas las batallas de Wellington que se ofrecen como *case-studies*. Sirva como ejemplo el libro de Andrew FIELD: *Talavera: Wellington's First Victory in Spain*. Barnsley, Pen and Sword Books, 2006.

de la Península sino también la firma de una paz de compromiso con Napoleón. Wellington, que era muy consciente de su responsabilidad, siguió en todo momento una estrategia muy cautelosa y evitó exponer innecesariamente a su ejército. Frente a una victoria improbable, siempre optó por una retirada discreta. Con frecuencia la excesiva prudencia de Wellington era interpretada por las autoridades españolas como falta de coraje. Ocurrió con su retirada tras la batalla de Talavera y la liberación de Madrid, o con su negativa a participar en la campaña de Ocaña; pero también cuando rehusó acudir en socorro de una Junta Central desesperada o salvar la fortaleza asediada de Ciudad Rodrigo (en enero y julio de 1810, respectivamente). Semejantes decisiones costaron muy caro a Wellington. A menudo los españoles calificaron de timorata la actuación del comandante inglés, cuyas frecuentes retiradas también tenían desconcertados a sus propios soldados. La polémica no ha cesado hasta el día de hoy, pero lo cierto es que la causa aliada se salvó gracias al genio militar de Wellington.<sup>18</sup>

No solamente buenos soldados y buena táctica, sino también buen general. Pero volvamos la vista un momento hacia el ejército español que, desde comienzos de 1809, se encontraba en una posición hartamente desventajosa: apenas podía hacer otra cosa que defender sus posiciones y montar operaciones parciales a escala reducida. Sin embargo, hay que reconocer que prestó una contribución muy importante. Si el ejército anglo-portugués podía quedar como un *army in being* fue porque los franceses empleaban una gran cantidad de tropas contra los españoles. Solamente el bloqueo de Cádiz mantuvo constantemente ocupados a veinte mil soldados franceses. En otras palabras, el ejército español jugó un papel secundario aunque imprescindible. Wellington dependió

---

<sup>18</sup> Sobre la controversia en torno al genio militar de Wellington, Michael GLOVER: *Wellington as Military Commander*. London, Batsford Books, 1968 y Rory MUIR: "Wellington and the Peninsular War: the ingredients of victory" en R. MUIR *et alii* (coords.): *Inside Wellington's Peninsular Army, 1808-1814*. Barnsley, Pen and Sword Books, 2006, pp. 1-38.

de la resistencia del ejército español tanto como el ejército español dependió de Wellington. De aquí la preocupación manifestada por el general inglés en enero de 1812 cuando supo que Valencia había caído en manos de los franceses. En otras palabras: la resistencia anti-francesa exhibida por el ejército regular superó con mucho a la de la guerrilla.<sup>19</sup>

Para evaluar adecuadamente la aportación británica al esfuerzo en la Guerra Peninsular hay que considerar también el control constante del mar por la armada inglesa (Royal Navy). Aunque a veces se olvida, este hecho fue determinante para la derrota de los franceses. Para empezar, gran parte de las tropas, armas, suministros y dinero que llegaron a España y Portugal vinieron por mar. También por mar encontraron su salvación tropas perseguidas y hostigadas por los franceses. Pero el poderío naval, que no se limitó a esos usos estratégicos, también tuvo gran importancia operativa. Desde Santander a Cataluña, pasando por Andalucía y Levante, el control del mar permitió a los aliados montar expediciones anfibia más o menos sofisticadas contra las guarniciones francesas cercanas a la costa. Esta posibilidad facilitó tanto las operaciones de Wellington como el aprovisionamiento de la guerrilla.<sup>20</sup>

## 5. Los errores de Napoleón.

Todas estas circunstancias dan cuenta de por qué los franceses no podían ganar la Guerra Peninsular; pero queda por explicar cómo en menos de dos años los aliados consiguieron transformar una guerra defensiva en otra ofensiva y los acabaron expulsando de la península. La clave hay que buscarla en la actitud del Emperador. Solo en una ocasión, entre noviembre de 1808 y enero

---

<sup>19</sup> Ch. ESDAILE: *Guerra de la Independencia ...*, p. 428.

<sup>20</sup> Para una discusión muy útil sobre el papel de la Royal Navy, Christopher HALL: *Wellington's Navy: Seapower and the Peninsular War, 1807-1814*. London, Chatham Publishing, 2004.

de 1809, Napoleón dirigió personalmente la guerra en España. Pero aún estando lejos, siempre supervisó las campañas de su ejército. Es más, quiso hacer una especie de guerra a distancia remitiendo de su puño y letra las órdenes que debían aplicar los generales y mariscales a los que él mismo había confiado el mando al otro lado de los Pirineos. Dada la enorme distancia entre Madrid y las diferentes residencias imperiales (París, Viena, Dresde o, incluso, Moscú), esta forma de dirigir la guerra no podía resultar muy eficaz. No es de extrañar que a veces se produjeran graves incoherencias en los movimientos de las tropas francesas. Nada irreparable, en cualquier caso, hasta el otoño de 1811.

Todo cambió a partir de entonces. Obsesionado como estaba con la invasión de Rusia, Napoleón concentró en detrimento de otros frentes una ingente cantidad de soldados y pertrechos en Prusia Oriental y Polonia. También trasladó, por supuesto, tropas que estaban combatiendo en España al este de Europa. En sí misma, esa decisión no significó ningún desastre; éste se produjo al empeñarse el Emperador en mantener una estrategia ofensiva a pesar del descenso de sus efectivos militares en la Península. En concreto, su empeño en tomar el baluarte patriótico de Valencia facilitó los planes de Wellington. Aunque había sido advertido de que el comandante inglés preparaba una ofensiva sobre la frontera portuguesa, Napoleón no hizo caso. Adujo que el general inglés era demasiado prudente para emprender una acción a tan gran escala, que —tal como le habían comunicado sus espías— el ejército anglo-portugués estaba minado por la enfermedad y que, por supuesto, las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo constituían una barrera infranqueable. En otras palabras, que empleó en la conquista de Valencia las fuerzas que podían haber contenido al ejército anglo-portugués.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Son muchas las biografías existentes sobre Napoleón; sin embargo, una que pone gran énfasis en el factor psicológico es la de Frank MCLYNN: *Napoleon*. London, Jonathan Cape, 1997. Sobre la intervención del Emperador en la campaña de 1811, Charles ESDAILE: *Guerra de la Independencia ...*, pp. 420-23.

Wellington tenía, en efecto, todo listo para lanzar una gran ofensiva. Esta dio comienzo tan pronto como comprobó que una parte considerable de las tropas que debían taponar su avance habían sido enviadas hacia el este. Entonces se lanzó al ataque y conquistó primero Ciudad Rodrigo y luego Badajoz. No es el momento de detallar la campaña de 1812, que fue larga y complicada. Aunque Wellington tuvo que abandonar gran parte del territorio conquistado y regresar con sus tropas a invernar a Portugal, conservó fuerzas suficientes para intentar al año siguiente una nueva ofensiva.

En 1813 aún quedaban muchos franceses en la Península, aunque estos no habían tenido más remedio que concentrarse y abandonar grandes espacios. Wellington, que estaba bien informado, lo sabía; como sabía también que para alcanzar esta vez el éxito necesitaba la activa colaboración del ejército español. Sin embargo había un problema: la administración española era tan caótica que ni podía aprovechar los recursos de las zonas liberadas, ni movilizar las grandes masas de tropas que Wellington necesitaba para montar una ofensiva general. De hecho, las únicas unidades disponibles con capacidad operativa eran las pequeñas divisiones que habían formado parte de la guerrilla en tierras de León y Extremadura. ¿Cómo salir del apuro?

Para responder a esa cuestión tenemos que girar la mirada hacia la guerrilla y la guerra popular alentada por el Gobierno patriótico español. Aunque ya hemos comentado las poderosas razones existentes para cuestionar la visión de la historiografía más tradicional, pues las primeras bandas insurgentes no eran sino un conjunto de brigantes, desertores y forajidos, las cosas cambiaron a partir de 1811-2. Algunos líderes guerrilleros como Longa o Espoz y Mina consiguieron transformar sus pequeñas partidas iniciales en verdaderos ejércitos en miniatura. Ambos jefes, que operaban principalmente en el País Vasco y Navarra, demostraron sobrada capacidad para causar graves problemas a las guarniciones imperiales. Es más, sus constantes asaltos a las principales líneas de comunicación tenían a menudo bloqueada la frontera y dificultaban

el abastecimiento del ejército francés. Fue el propio Napoleón, no repuesto aún del desastre ruso, quien ordenó asegurar las líneas de comunicación y acabar con la guerrilla. ¿De dónde obtener los refuerzos necesarios para ello? La respuesta es conocida: de las tropas acantonadas en la frontera portuguesa que hubieran podido frenar la embestida de Wellington.

Napoleón, que subestimaba tanto el talento militar de Wellington como la capacidad operativa de su ejército, volvió a cometer un gravísimo error de cálculo. La mejor prueba de ello es que en apenas cuatro meses, entre mayo y agosto de 1813, el comandante inglés condujo victoriosamente a sus tropas desde la frontera portuguesa a la raya con Francia después de haber obtenido resonantes triunfos en Vitoria (21 de junio) y San Marcial (31 de agosto). La mayor parte del territorio peninsular había sido liberado y la recuperación de los pocos enclaves que aún quedaban en manos de los franceses era simple cuestión de tiempo.<sup>22</sup>

## 6. A modo de conclusión

¿Cuáles fueron, entonces, las verdaderas claves de la victoria aliada en la Guerra de la Independencia? Dejando al margen los factores estructurales inherentes a las guerras de aquella época (como las grandes distancias, la dureza del clima, la aspereza del terreno, la insuficiencia de los recursos o la lentitud de las comunicaciones), a mi juicio se reducen a seis: la resistencia constante del ejército regular español; la emergencia en el norte de España de una guerrilla eficaz y muy bien organizada; la extraordinaria capacidad de combate del ejército británico; la pericia militar del duque de Wellington; el control del mar por la armada inglesa; y, finalmente, los errores Napoleón. Todas estas circunstancias explican la derrota de los franceses y deben formar parte, por tanto, de la historia militar de la contienda.

---

<sup>22</sup> Charles ESDAILE: *Guerra de la Independencia...*, pp. 493-6.